



Análisis crítico del discurso y análisis de los medios de comunicación: retos y falencias

PEDRO SANTANDER MOLINA

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

RESUMEN. El objetivo principal de este trabajo es mostrar lo que consideramos ciertas debilidades y falencias del Análisis de Discurso (AD en adelante), en general, y el Análisis Crítico del Discurso (ACD en adelante), en particular, cuando se analizan textos periodísticos, prescindiendo o descuidando los niveles intermedios de análisis y las teorías de medio alcance que cumplen una importante función en la interpretación de los datos. Para ello, se realiza una discusión teórica y metodológica que apunta hacia la necesidad de desarrollar modelos teóricos y aplicar métodos interdisciplinarios, que tomen en cuenta las características propias de cada contexto cultural y político en América Latina.

PALABRAS CLAVE: *Análisis crítico, debilidades, discusión, modelos.*

ABSTRACT. The main objective of this paper is to show what are considered weaknesses and flaws in Discourse Analysis (DA hereafter), in general, and Critical Discourse Analysis (CDA hereafter), in specific, when journalistic articles are analyzed but intermediate levels of analysis and middle range theories that guide the interpretation of data are omitted or overlooked. To this purpose, this paper presents a theoretical and methodological discussion and emphasize the necessity of developing theoretical models and applying interdisciplinary methods, considering the political and cultural context of Latin America.

KEY WORDS: *Critical analysis, weaknesses, discussion, models*

RESUMO. O objetivo principal de este trabalho é mostrar o que consideramos certas debilidades e falências da Análise do Discurso (AD), em geral, e a Análise Crítica do Discurso (ACD), em particular, quando são analisados textos periodísticos, prescindiendo ou descuidando dos níveis intermédios de análise e as teorias de meio alcance que têm uma importante função na interpretação dos dados. Para tal fim, realiza-se uma discussão teórica e metodológica que aponta à necessidade de desenvolver modelos teóricos e aplicar métodos inter-disciplinares, que levem em conta as características próprias de cada contexto cultural e político na América Latina.

PALAVRAS CHAVE: *Análise crítica, debilidades, discussão, modelos*

1. *El problema*

Hay dos supuestos mínimos desde los cuales tiene que partir cualquier intento por realizar ya sea AD o ACD:

- 1 asumir la opacidad del lenguaje,
- 2 realizar un intento científico de ir “*más allá del texto*”.

1.1. OPACIDAD DEL LENGUAJE Y EL CONTENIDO COMO SIMULACRO

El primer supuesto entraña una parte que es evidente, si el lenguaje no fuera opaco, sino transparente, ¿para qué realizar análisis? Sin embargo, hay una segunda parte que no se nos aparece tan claramente, ¿por qué es opaco? Dado que para explicar esa opacidad tenemos que acudir -ya que juegan un rol crucial- a elementos del mundo extralingüístico como la estructura social, el contexto, los tabúes, el intérprete, el conocimiento previo, etc., un análisis discursivo -crítico o no- que pretenda vincular el lenguaje con lo que está en *el afuera* (Baumann, 2002), tiene que considerar dichos elementos.

Pero el problema de la opacidad también nos plantea desafíos en dirección contraria y nos remite al problema del contenido de un texto, problema que, a mi modo de ver, es crucial y debe ser considerado para que cualquier tipo de AD -y qué decir del ACD- logre diferenciarse de la Lingüística Textual (LT en adelante), incluso antes de establecer una problematización y vinculación con nociones como las de estructura social o contexto.

Tanto el AD como el ACD tienen que asumir que el contenido de un texto puede en ciertas circunstancias ser un dato engañoso e incluso irrelevante. Esta consideración es especialmente importante para el ACD ya que el AD puede no tener el contenido de un texto como lo central, ya que puede, por ejemplo, concentrarse en estrategias de persuasión o de cortesía. Pero el ACD no puede soslayar contenidos, considerando que sus seguidores y fundadores manifiestan que su interés central se orienta a determinados textos que *a priori* consideran discriminatorios y cuyos contenidos ejercen *abuso de poder* y reproducen discursivamente injusticia social. Por lo mismo, vale la pena problematizar la importancia del contenido, antes que deificarlo de antemano.

La lingüista Deborah Tannen, por ejemplo, demuestra en investigaciones acerca de la relación entre género y empleo del lenguaje en interacciones cara a cara cómo idénticos medios lingüísticos se usan para fines completamente distintos (solidaridad v/s dominación). Sostiene la autora que no reconocer esa ambigüedad potencial de las estrategias lingüísticas para marcar tanto el poder como la solidaridad en la interacción dialógica, “*ha perjudicado la investigación en materia de lenguaje y género*” (Tannen, 1996:41). La fuente de dominación no se puede, sin más, localizar en las estrategias lingüísticas que emplean los hablantes de diferente sexo, reducirla a la forma,

error conceptual y metodológico que a menudo presenciamos en los trabajos que se insertan en la línea del ACD.

Otro lingüista, Scollon (2003), advierte acerca de la irrelevancia que puede representar el contenido de las crónicas periodísticas empleado como corpus para abordar ciertas problemáticas sociales, considerando la distancia que existe entre lo que los medios dicen, por ejemplo, acerca del SIDA o del consumo de drogas y la realidad de las acciones de los enfermos o de los consumidores.

Y siguiendo en el terreno de los medios de comunicación, la tradición crítica advierte, al menos a partir de los planteamientos de la Escuela de Frankfurt (aunque ya en 1845 Carlos Marx insinúa esto al principio de la tercera parte del primer capítulo de *La Ideología Alemana*), que el contenido del mensaje de los medios puede ser un dato secundario. Esta escuela demuestra que los contenidos de los medios varían poco en relación con ciertos prototipos y estereotipos que se repiten incesantemente en los discursos de las sociedades capitalistas. En ese sentido, para los estudiosos de la industria cultural, no resultaría en absoluto sorprendente, sino más bien evidente y completamente esperable, que una infinidad de trabajos en el área del ACD descubran, una y otra vez, racismo o sexismo en los textos de medios de comunicación latinoamericanos cuyos propietarios pertenecen a la minoría burguesa blanca. A eso, Horkheimer y Adorno (1969:186), sin necesidad de análisis lingüístico, sino con análisis teórico, lo llamaban la “*mentirosa sustitución del individuo por el estereotipo*”. Desde esta perspectiva, tampoco es motivo de sorpresa que detectemos que periodistas tanto de Europa como de América Latina empleen estrategias lingüísticas similares a la hora de realizar representaciones racistas o sexistas en los medios, como lo demuestra Bolívar (2000). Eso sería, más bien, probar lo esperable ya que la industria cultural no escapa a las leyes del capital y da cuenta ideológicamente y discursivamente de ellas, ya sea en el sur o en el norte.

Otro problema que enfrenta el contenido de los textos en los medios de comunicación, sobre todo en la televisión, es la prevalencia del género discursivo. A través de sus permisos y de sus prohibiciones (que no son solamente lingüísticos), se ha fijado en los medios positivamente un tipo de lenguaje que redunde en que los géneros discursivos tengan primacía sobre los contenidos. “*Todos los géneros retornan cíclicamente como entidades invariables*” (Horkheimer y Adorno, 1969:151). La investigación en comunicación mediática demuestra que la incorporación de nuevos géneros a la televisión es muy escasa y lenta y que una vez que un género se consolida (como los culebrones, los *reality*, los *talk show*, los informativos, los video clips, etc.), el contenido se vuelve repetitivo y secundario.

A menudo, por ejemplo, nos encontramos con noticias transmitidas por diferentes canales de televisión y diferentes periodistas cuyos textos son muy parecidos. En mis propias investigaciones (Santander, 2003 y 2004) he podido comprobar la similitud que muestran textos periodísticos y no sólo en su

contenido, también en sus estructuras sintácticas y en el uso de imágenes. A menudo un acontecimiento es representado a modo de noticia por diversos informativos de televisión de manera muy similar, incluso tratándose de noticiarios que compiten entre sí por audiencia y avisadores. La explicación a ese fenómeno no está en el texto. La transcripción de las noticias y su posterior análisis lingüístico no dan las respuestas mínimas que nos permitan explicar por qué diferentes periodistas, pertenecientes a canales de TV que compiten entre sí y sin ponerse de acuerdo, producen representaciones e interpretaciones tan similares, de modo tal que en sus textos coinciden las fuentes entrevistadas, el uso de citas directas e indirectas, repeticiones lexicales, macroproposiciones e incluso estructuras sintácticas y argumentativas. La explicación hay que buscarla fuera de las categorías gramaticales y textuales y acudir a categorías conceptuales como la afinidad estructural que se ha construido históricamente entre instituciones con poder social y salas de redacción, los subsidios informativos que proporcionan actores de diversos campos sociales a los periodistas, los valores de la noticia en la visión liberal, etc.

A lo anterior podemos agregar un último punto que representa todo un desafío para el análisis lingüístico de los medios: a menudo la identidad informativa de un medio de comunicación, sobre todo si hablamos de prensa escrita, está más dada por sus omisiones informativas, es decir, por aquello que no informa y que mantiene en el silencio, que por aquello que sí publica.

1.2. SALIR DEL TEXTO CIENTÍFICAMENTE

El segundo supuesto mencionado más arriba (realizar un intento científico de ir “*más allá del texto*”), también entraña desafíos no menores. Por un lado, porque los lingüistas nos encontramos con una larga y productiva tradición de una lingüística anclada en el estudio de la oración que opera como fuerza centrípeta sobre los estudios del lenguaje. Por otro lado, porque, dado que el más serio y científico intento realizado para superar los límites de la oración es la Lingüística Textual, el AD y el ACD deben, necesariamente, contemplar objetivos y objetos de estudios diferentes y diferenciarse de la LT. En ese sentido, dar cuenta teórica y metodológicamente de elementos lingüísticos que, a modo de una unidad de análisis afectan a todo el texto, por ejemplo, los llamados marcadores discursivos (Portolés, 1998) no resulta suficiente para afirmar que se está haciendo AD, pues ese es claramente el objetivo y el logro de la LT. El objetivo y el objeto de estudio del AD y el ACD se diferencian del la LT en cuanto están necesariamente ligados a la relación discurso-sociedad. Este punto implica no confundir la noción de texto con la de discurso, ni creer que discurso equivale a una cadena de textos, extrapolando el segundo principio del signo de Saussure.

La LT, especialmente la de tradición alemana, ha sabido responder creativa y científicamente al desafío de superar la oración, demostrando que el

texto es una unidad comunicativa cualitativamente distinta a la oración y que no es su gramaticalidad, sino su textualidad lo que hace que un texto pueda ser considerado tal. En esta labor la LT ya comienza a rozar los márgenes y contornos textuales, pero opta por mantenerse preferentemente en su interior, de modo tal que todos los pasos que da y que implican el riesgo de salir al mundo extralingüístico, se dan anclados en el texto. Por ejemplo, cuando respecto de la relación entre el micronivel de la cohesión y del macronivel de la coherencia se sostiene que no sólo estamos ante un conjunto de relaciones interconectadas gramatical y semánticamente, sino que éstas son actualizadas por los interlocutores, es decir, por elementos exteriores al texto, lo que, además, implica, que un mismo texto puede suscitar más de una interpretación (de Beaugrande y Dressler, 1997; Brown y Yule, 1993). Es decir, la coherencia textual no sólo es una propiedad de los textos mismos, sino que también se relaciona con lo que ocurre fuera de los textos, por lo tanto, es, asimismo, una propiedad de las interpretaciones. En ese sentido, se concibe al texto como una construcción cognitiva, articulado por inferencias dirigidas o activadas gracias a indicios textuales.

2. *Desafíos del AD y el ACD*

De acuerdo a lo hasta aquí señalado podemos sostener que el AD y el ACD enfrentan los siguientes desafíos:

- a. **Aceptar la relatividad del dato lingüístico:** como se vio más arriba, el contenido de un texto en ocasiones puede resultar confuso (iguales estrategias lingüísticas para propósitos antagónicos), secundario (el género prima sobre el contenido) o irrelevante (el lenguaje cumple una función de enmascaramiento de la realidad o cuando las omisiones son más importantes que el contenido).
- b. **Dotar al método de carácter científico no está garantizado por lo lingüístico:** este punto surge como consecuencia del anterior. Recordemos que uno de los problemas y desafíos que se le presentaron a la LT cuando se propuso superar los límites de la oración, no sólo fue la sospecha y el peso de toda una tradición que, como Benveniste (1971), creía que la oración era la unidad más alta del análisis lingüístico, sino también el desafío de saber aplicar en este nuevo nivel el método científico, ya asumido e incorporado por la lingüística moderna a partir de Saussure. Dada la relatividad del dato lingüístico que postulamos, resulta ahora problemático definir en qué nivel se debe producir el anclaje del análisis discursivo (¿en el texto mismo, en la situación comunicativa, en la práctica social?). Lo que sí parece ser evidente es que el nivel gramatical por sí solo no es garantía suficiente y única

para esa empresa. En ese sentido, y a diferencia de lo que la tendencia mayoritaria en el AD y en el ACD sostienen, el análisis no puede reducirse solamente al contenido del texto y, por lo mismo, el análisis gramatical por sí solo puede ser insuficiente e incluso conducir a interpretaciones y conclusiones erróneas si sobre esa base exclusivamente se pretende realizar AD o ACD, tal como veremos en el punto 3. 2.

Lo dicho hasta aquí no pretende sostener que el análisis lingüístico está de más en el AD o el ACD, evidentemente no se apunta a eso, sino a los límites del problema y a los desafíos que se deben considerar. Hay tipos de análisis en los que no sólo no se puede prescindir de lo estrictamente lingüístico, sino que todo el sentido del análisis depende de ello. Sin embargo, en el AD, y con mayor razón en el ACD, eso no siempre es el caso pues su objeto de estudio instala esas restricciones al estar en el núcleo de sus preocupaciones la relación entre lo social y lo discursivo.

En todo caso, estas y otras consideraciones forman parte de una rica discusión en torno al desafío que significa analizar discursos de manera rigurosa y más allá de la oración y el texto, y ha sido ilustrada desde otras perspectivas (no necesariamente vinculadas con el discurso de los medios) por autores como Antaki y otros (2003), Kress (1990) o Raiter (1999, 2003).

3. *Situación comunicativa*

Lo que hay más allá del texto ha recibido diversas denominaciones en las Ciencias Sociales y en la Hermenéutica: contexto, estructura social, situación, registro, el afuera, etc. Para los objetivos de este trabajo nos interesará la noción de *situación comunicativa*, noción que considera lo extralingüístico en diferentes dimensiones. Se trata de la instancia intermedia entre el texto y la situación histórica-social. Fairclough (1992, 1997) la denomina *práctica discursiva*, pero optamos por denominarla “situación comunicativa”, pues la noción de “*situación*” la podemos considerar intermedia entre texto y el contexto social, a su vez, lo “*comunicativo*” nos remite a elementos que sin ser lingüísticos guardan proximidad con éstos ya que se relacionan con rutinas y prácticas de producción, circulación y consumo discursivo.

Para responder a los problemas y desafíos señalados, creo que es fundamental hacer esfuerzos por vincular el nivel de análisis lingüístico con un nivel de análisis intermedio, como al que apuntamos. El primer nivel de análisis es de carácter descriptivo, está ligado al texto y trabaja con los elementos de la estructura superficial. Se nutre de la gramática y de metodologías de análisis que proveen corrientes como la Lingüística Crítica (Fowler et al., 1983; Hodge y Kress, 1993; Fowler, 1996), la Gramática Sistémico Funcional (Halliday, 1994; Halliday y Hasan, 1990), etc. El segundo está vinculado a la situación comunicativa en la que se enmarca en el texto y es de carácter

interpretativo. Los resultados observados y obtenidos en la primera instancia son interpretados a la luz de teorías de alcance medio a las que se acude, dependiendo de la problemática específica que se está estudiando (medios de comunicación, género, poder, etc.). Tal como señalamos anteriormente, la situación comunicativa involucra a los participantes, a las condiciones de producción, circulación y recepción; de hecho, Fairclough (1992, 1997) es quien lo propone como el segundo nivel de análisis.

Aquí se requiere de teorías que expliquen la relación entre el texto y la situación que lo rodea y, a menudo, lo condiciona. Bourdieu (2000), por ejemplo, emplea la noción de *campo* y la usa como una instancia intermedia y mediadora entre texto y contexto. Lo que evitamos con esta opción teórico-metodológica, es operar como si la relación entre discurso y sociedad fuese directa y no mediada, presuposición que puede provocar que la interpretación no considere en definitiva, factores históricos, sociales a la hora de la lectura interna y la exégesis del corpus lingüístico. Se trata de evitar lo que Bourdieu llama *error de cortocircuito* (Bourdieu, 2000) que supone una puesta en relación directa entre texto y contexto.

A continuación, mostraremos algunos casos que demuestran que basar y anclar el análisis discursivo sólo en el nivel lingüístico y prescindir de la información que la situación comunicativa nos proporciona, puede llevar a realizar inferencias e hipótesis equivocadas. Mostraremos ejemplos en los cuales algunas de las tres instancias del nivel intermedio (producción, circulación, consumo) no han sido suficientemente consideradas a la hora de realizar el análisis. También cabe señalar que lo que queremos mostrar son casos, por lo tanto, la mirada es intensiva, antes que extensiva o generalizadora. Por ejemplo, más que al ACD en general, esta vez nos detenemos en el ACD de orientación socio-cognitiva, en la línea de Teun van Dijk, investigador holandés que ejerce una fuerte influencia en el ACD que se practica en América Latina.

3.1. CONDICIONES DE PRODUCCIÓN Y FUNCIÓN DE LAS ESTRUCTURAS TEXTUALES:

El lingüista holandés T. van Dijk es referencia común para quienes realizan ACD, al menos en América Latina. Ciertamente, este autor ha realizado una serie de investigaciones interesantes sobre el lenguaje de la prensa escrita en relación con cuestiones de poder, de racismo y también de procesamiento del discurso (véase, entre otros, Van Dijk, 1990, 1995, 1996a, 1997). Con su aporte, una serie de categorías lingüísticas como coherencia local, macroestructura semántica, proposiciones, macroproposiciones, superestructura, etc. se comenzaron a aplicar en el análisis de textos periodísticos. Esa aplicación de categorías, sin embargo, a menudo se lleva a cabo de manera acrítica al no considerarse —aunque se sostenga lo contrario en muchos artículos— las instancias intermedias a las que hemos hecho referencia y cómo dichas instancias afectan los textos.

Observando las propuestas del ACD, vemos que una preocupación reiterada de muchos analistas se centra en descubrir y describir las macroestructuras semánticas de los textos periodísticos. Van Dijk (1990: 83-86) afirma al respecto que el titular funciona como resumen, que las macroestructuras se expresan en los titulares, y que éstos tienen la función estructural de expresar los principales temas. Van Dijk aplica sus tres macrorreglas de proyección semántica (supresión, generalización y reemplazo o construcción) a los textos en cuestión. Se trata de un análisis que desde un nivel micro parte de lo que él denomina *proposiciones* de las diferentes oraciones que conforman el texto. Sobre éstas se aplican las macrorreglas, transformando la información semántica local de manera tal que una vez que conozcamos todas las proposiciones, podamos abstraer de ellas macroproposiciones. Estas deben tener una organización jerárquica, de modo que cada secuencia pueda quedar subsumida bajo otra de nivel más alto, hasta llegar a la máxima que constituye el tópico central del texto. Dicha macroestructura resultante, además, no tiene por qué estar literalmente presente en el texto, sino que puede ser interpretada a partir de éste por el analista.

Lo anterior nos sitúa ante tres problemas:

- a) el primero pertenece a la problemática del análisis textual;
- b) el segundo dice relación con las especificidades de la producción de textos periodísticos;
- c) el tercero se refiere a las exigencias del método científico.

a. Debilidad del modelo de análisis.

Si bien se especifica en qué consisten las reglas de proyección semántica -supresión, generalización y reemplazo- no se especifican cuáles son las reglas para suprimir, generalizar y reemplazar, de modo tal que el análisis garantice un acuerdo en torno a las operaciones de proyección. Respecto de esta debilidad, Raiter (2007) muestra, por ejemplo, cómo van Dijk (2003) suprime en una propuesta de análisis todo el párrafo inicial de un texto, párrafo que desde el punto de vista de un análisis ideológico contiene la información más importante. Se trata de una supresión no justificada ni explicada científicamente, cuya motivación parece azarosa. Al hablar de reglas, pero no señalar cómo aplicarlas analíticamente, no se garantizan mayores grados de acuerdos intersubjetivos entre los analistas, pues se sigue dejando el método y sus conclusiones abiertos a la interpretación múltiple. Por ejemplo, cuando no se busca el tópico central del texto en una proposición literal, sino en una lógico-semántica y cuando se plantea una reducción lógica-intuitiva en búsqueda de unidades mayores, la validez del método de análisis sigue residiendo, en parte importante, en el talento y en la pericia del analista y en la confianza que los interesa-

dos pueden tener en él. Eso es justamente lo que debe evitarse si queremos dotar de carácter científico al AD y al ACD.

b. Generalizaciones no científicas.

Otro problema reside, a mi modo de ver, en las generalizaciones que se realizan sobre la base de los análisis. Dado que el nivel de análisis gramatical se ha mostrado rico en generalizaciones y ha convertido a la lingüística en una ciencia moderna, es entendible la tentación de querer hacer lo mismo al pasar de la noción de texto a la de discurso, pero la dificultad es inmensamente mayor. Van Dijk (1990:83), por ejemplo, generaliza erróneamente al señalar que los titulares de prensa cumplen la función de resumir. Es cierto que ello puede ocurrir, pero igualmente cierto es que ello puede no ocurrir.

Si se considerara la situación comunicativa que rodea los textos periodísticos y, específicamente, cómo las condiciones de producción propias del campo periodístico afectan a los textos, evitaríamos lo hasta ahora señalado. Veríamos, por ejemplo, que en comparación con otros discursos, en el periodístico, las exigencias en torno a las macroestructuras muestran comportamientos muy distintos y particulares. Son diversos los elementos –tanto de orden lingüístico como no lingüístico- que influyen en la mayor o menor presencia y ubicación de los tópicos globales en estructuras textuales como el titular, el título o el epígrafe. Es así como en el género informativo, es decir, aquél ligado directamente con las noticias, efectivamente encontramos una tendencia a resumir las noticias en los titulares, pero en la prensa escrita esa tendencia depende fuertemente del espacio disponible y de la importancia asignada a la noticia, de tal manera que podemos afirmar que existe una relación correlacional: a menor espacio para la noticia, mayor la función de resumen del título y mayor apego a las reglas de proyección semántica, pero a mayor disponibilidad de espacio (por ejemplo, un titular de portada) comienza a primar la función comunicativa de *cautivar al lector* antes que la proyección semántica. En el caso de las noticias de televisión, en tanto, no existe el equivalente al título y la macroestructura semántica del texto se suele ubicar en el primer párrafo de la noticia que es leído por los locutores ante las cámaras.

La relación entre macroestructura y titular de prensa es pues muy dinámica y no unívoca como van Dijk (1990) sugiere, influyen, entre otros, los diversos formatos, la disponibilidad de espacio, la importancia que se asigna al acontecimiento y también el género. En el género de opinión y en el de interpretación, por ejemplo, prima un estilo más literario, antes que factual como ocurre en el informativo, lo que también afecta al título; además, en las columnas de opinión o

en los editoriales a menudo se titula con lo que Pardo (1986) denomina el Rema Textual, que suele encontrarse al final del texto y que, aun siendo una macroestructura, no representa un tópico global, sino una suerte de cierre del texto.

Como vemos, para realizar generalizaciones o hipótesis discursivas, no basta con conocer las dinámicas textuales, también hay que considerar la situación comunicativa en que se enmarcan ya que afectan al texto, o, como dice Fairclough (1992), deja sus huellas en éste. Es muy distinta la manera cómo se producen relatos orales, novelas o textos periodísticos. Mientras la narración oral como forma presupone una comunidad básica de valores que vincula al narrador y a la audiencia en contextos compartidos, la narración novelística es una actividad íntima del autor, aislada de su público y que carece de la garantía fáctica, en tanto, los artículos periodísticos se producen a través de rutinas colectivas por un equipo que ocupa diversos roles y en contextos espaciales y temporales, casi siempre separados de sus interlocutores.

Además, es recomendable considerar que, de acuerdo a toda una línea de investigación medial, la actual orientación a la ganancia de los medios en las sociedades capitalistas y el consiguiente *imperativo comercial* (Hackett, 1995) bajo el cual operan, hace que lo que verdaderamente está en juego sea la función de *capturar la atención de la audiencia* la cual es vendida por los medios de comunicación a los avisadores. Y, evidentemente, los titulares juegan un rol central en ello.

c. Forzar el análisis

Cuando los métodos de análisis están sujetos a situaciones como las descritas en los puntos anteriores, es muy fácil comenzar a *forzar el análisis*. Se trata de una práctica conocida aunque poco. Ocurre cuando adaptamos los textos a nuestras hipótesis, gracias a la laxitud de las técnicas de análisis y al problema metodológico de buscar en el texto justamente aquello que queremos encontrar.

3.2. CONDICIONES DE CIRCULACIÓN Y LOS LÍMITES DEL NIVEL GRAMATICAL

También las circunstancias en que los signos circulan afectan los textos y éstas deben ser consideradas en el análisis. No tomar en cuenta estas instancias del proceso comunicativo nos puede llevar a conclusiones erróneas, por muy correcto que, en términos gramaticales, sea el abordaje textual.

El modo en que circulan los signos varía significativamente, según el campo social en el que ello ocurra. No es lo mismo cómo circulan los textos producidos en el aula, en la consulta médica, en la interacción cara a cara

coloquial, o en los medios de comunicación. Los textos se producen y circulan de ciertos modos en contextos sociales específicos. En el caso del campo periodístico siempre nos encontraremos con una ruptura estructurada de contextos entre la producción de formas signícas y su recepción. A diferencia de lo que ocurre en la comunicación cara a cara, en la comunicación medial el contexto de producción siempre está separado del contexto de recepción, y el flujo de mensajes circula preferentemente en una sola dirección, instalando lo que Thompson (1998) denomina *asimetría estructural del proceso comunicativo*. Bajo estas condiciones estructurales circulan los signos en este campo, no considerar la complejidad que ello implica, puede afectar el análisis¹.

Veamos el siguiente caso. En un artículo del destacado lingüista argentino Martín Menéndez (2003), titulado “Gramática y Discurso: las relaciones evidentes” y en el cual se trata de establecer el hecho de que “todo análisis de discurso está condicionado por una teoría gramatical” (Menéndez, 2003: p. 1), se analiza una cita directa del entonces cardenal Ratzinger. En su artículo Menéndez plantea lo siguiente (Menéndez, 2003: p.6-7) [énfasis en negrita, P.S.M]:

Propondré, por último, un fragmento de una nota sobre la salud del Papa aparecida en *La Nación* el 1 de septiembre de 2003 y firmada por Elizabetta Pique. Dice el fragmento:

(...) En el mismo artículo de **Bunte**, el cardenal Ratzinger, de 76 años, no excluyó que el próximo Papa pueda venir del continente africano, «aunque no creo que pueda suceder, porque el número de cardenales blancos es muy superior», sostuvo. Y ante una pregunta sobre las voces que lo indican a él como eventual «*papabile*», contestó: «Dios mío, no fui creado para esto» (...).

Luego Menéndez (p. 7) analiza gramaticalmente la cita directa, remarcando, entre otros aspectos, lo siguiente:

Tenemos, en principio, dos opciones disponibles:

- no creo que suceda [> grado de probabilidad]
- no creo que pueda suceder [< grado de probabilidad]

Al elegir la menos probable, se la justifica a partir de un argumento que afirma el número de cardenales blancos es muy superior.

La cláusula relacional es atributiva. La superioridad es un atributo del número e intensifica esa atribución. Por otra parte, la construcción *muy superior* elide estratégicamente el elemento comparado que se repone a partir de una relación cohesiva de colocación que está fuera de la cita textual del cardenal Ratzinger y que alude concretamente al “continente africano”. (...)

No deja de llamar la atención la utilización del adjetivo “superior” en este contexto ya que la oposición paradigmática en la que participa es “inferior” cuando podría haberse optado por “mayor” y “menor”.

Hay, sin embargo, un elemento que resulta crucial para este análisis que no se considera y que dice relación con las *condiciones de circulación*: la cita directa que se analiza y que apareció en el diario argentino *La Nación* en español ha transitado, al menos, por dos lenguas diferentes y, muy probablemente, por tres. Si leemos con atención, veremos que la cita se extrajo de la revista *Bunte*, semanario germano que se publica en alemán. Por lo tanto, podemos asegurar que los dichos de Ratzinger fueron emitidos antes en esa lengua. Si además consideramos que la residencia permanente de Ratzinger es Italia, es posible (aunque esto ya no se puede asegurar con la misma certeza que lo anterior) que haya sido entrevistado en Italia, ya sea por el corresponsal de la revista o por una agencia, con lo que el italiano como tercera lengua entra en el juego, y ya conocemos el dicho “*traductor, ¡traidor!*”.

Lo sorprendente aquí es que el nivel gramatical –que se supone es el más formal– nos lleva a la especulación: ¿qué expresión utilizó realmente Ratzinger y que luego se tradujo como “muy *superior*”?, ¿*viel höher, viel grösser*, o simplemente *mehr*?; ¿realmente empleó un adjetivo calificativo como “superior”, con todas las connotaciones que pudiera implicar, o usó un adjetivo comparativo?, ¿usó un superlativo absoluto o un adverbio comparativo?... etc. Como sea, dado que no lo sabemos, no podemos realizar afirmación alguna acerca de las oposiciones paradigmáticas.

Tampoco corresponde realizar un contraste sintagmático basado en los mayores o menores grados de probabilidad ya que no sabemos si se utilizó efectivamente el subjuntivo o el indicativo, por lo demás, cualquiera de los dos modos que se haya empleado, ambos exigen en alemán el uso de un auxiliar en una cláusula de relativo.

Además, si consideramos el proceso de edición que siempre sufren los textos periodísticos y, de manera especial, las entrevistas, no podemos saber quién es el responsable de la elisión del sintagma nominal “continente africano”, puede haber sido Ratzinger, como afirma Menéndez, o también la periodista en alguna instancia del proceso de producción textual.

Es pues, sorprendente e interesante que en situaciones como éstas el nivel interpretativo ligado a la situación comunicativa en que se enmarca el texto, nos proporciona más certezas que el descriptivo y formal. Se nos muestran así los límites del análisis gramatical cuando no se acude a la información que las condiciones de circulación nos otorgan.

Podríamos señalar, por último, dos comentarios adicionales que vale la pena hacer, desde un punto de vista tanto histórico como lingüístico. En primer lugar, que, más allá de diferencias modales, basta con consideraciones históricas para saber que un negro no será Papa, por lo que un análisis crítico como éste pierde la dimensión política, racial y simbólica al centrarse sólo en el texto. En segundo lugar, se podría argüir que, más allá de oposiciones modales sintagmáticas, el texto del diario argentino *La Nación* dice lo que dice y

la frase “*que pueda suceder*” está indudablemente escrita y así es leída. Eso es cierto, el problema ocurre cuando la forma gramatical traducida es remitida a la intención del emisor (en este ejemplo a Ratzinger) y, en ese caso, creo que es recomendable distinguir la intención del hablante de aquello que podría llamarse, siguiendo la tradición estructuralista, efectos de lectura.

3.3. CONDICIONES DE RECEPCIÓN Y LOS CONTORNOS DEL TEXTO

La palabra pan no quita el hambre (Jodorowsky)

Ya anteriormente señalábamos la necesidad de evitar una puesta en relación directa entre texto y contexto y considerar a la luz de teorías de alcance intermedio la mediación. En ese sentido, a menudo la vertiente cognitiva del ACD parece realizar análisis de prensa partiendo de la base de que *quienes controlan la producción textual mediática controlan también el pensamiento de sus receptores*. Sin embargo, el asunto de los efectos de los medios de comunicación sobre su audiencia, es decir, saber cómo el contenido que los medios hacen circular afectan las creencias o las actitudes de las personas, representa el terreno más resbaladizo y arriesgado en los estudios mediales².

Diversos autores han advertido acerca de la inconveniencia de realizar inferencias lineales acerca del efecto de productos semióticos. Ya Bajtín y Voloshinov (1993) hablaban en 1929 de la *orientación social de la enunciación* y de la *audiencia real y potencial*, apuntando a esa problemática; también Verón (1993) problematiza el tema al hablar del *desajuste* o *desfasaje* en los procesos de comunicación, lo que lo lleva a distinguir entre gramáticas de producción y gramáticas de reconocimiento. ¿Por qué entonces el ACD cae permanentemente en eso que Bourdieu denomina “*error de cortocircuito*” (Bourdieu, 2000) que supone una puesta en relación directa entre texto y contexto?

Tiendo a pensar que asumir tan acríticamente este postulado en torno a los efectos de los textos tiene que ver, en primer lugar, con una tradición estructuralista que consolidó fuertemente los contornos y la primacía del texto (Eco: “*sólo creo en los textos*”). En segundo lugar, con una falencia teórica respecto de los aportes que en un sentido contrario ha realizado la teoría de la comunicación, tanto en su vertiente funcionalista como crítica. Se trata de aportes teóricos que desde la sociología y la psicología se han dedicado a estudiar el tema de los efectos desde los años '20 en adelante y que deberían ser considerados en los análisis lingüísticos de los medios. Es un campo de estudio que, además de complejo, es muy dinámico y en el cual se ha pasado desde un interés por los efectos de corto a los de largo plazo, de los directos a los indirectos y acumulativos, de la pregunta, ¿qué hacen los medios a las personas? a la otra, ¿qué hacen las personas con los medios?; desde teorías que conciben receptores débiles a otras que se fijan en las estrategias de resemanización y contestación de las audiencias, etc.

En tercer lugar, pienso que la influencia (acrítica) que van Dijk ejerce sobre una gran cantidad de practicantes del ACD³, especialmente en América Latina, lleva a descuidar la complejidad del tema. A lo largo de su obra este autor justifica en gran medida la importancia del análisis lingüístico de los medios bajo este supuesto; cito:

- *“Los actores sociales con poder, además de controlar la acción comunicativa, hacen lo propio con el pensamiento de sus receptores”* (van Dijk, 1997: 21).
- *“La mayor parte de nuestro conocimiento social y político, así como de nuestras creencias sobre el mundo, emanan de las decenas de informaciones que leemos o escuchamos a diario en la prensa”* (van Dijk, 1997: 29).
- *“Beyond the control of content or style, thus, the speakers may also control audience”* (van Dijk, 1996a, p. 88).
- *“Newspaper editorials play a role in the formation and change of public opinion”* (van Dijk, 1996b, p. 1).

Otro autor europeo, a menudo citado por los practicantes latinoamericanos del ACD, como Charaudeau, también realiza definiciones similares respecto de la relación entre audiencia y medios de comunicación:

“...con frecuencia el ciudadano parece su rehén, tanto por el modo como se lo representa en ellos como por los efectos pasionales que provocan en él, efectos que se encuentran a mil leguas de cualquier pretendida información” (Charaudeau, 2003:13).

Como vemos, todas estas afirmaciones suponen audiencias débiles frente a medios muy poderosos en la conformación de creencias y actitudes.

En cuarto lugar, creo que la cuestión de los efectos representa un terreno propicio para que los seguidores del ACD con buena formación lingüística, pero insuficiencias en teoría de la comunicación y teoría social, realicen inferencias apresuradas acerca del efecto de los textos, influidos por la idea de que el lenguaje tiene una capacidad tanto generativa (Echeverría, 2003) como performativa (Austin, 1975) y que, en ese sentido, construye realidad social. Dichas consideraciones provenientes de la filosofía del lenguaje y del paradigma constructivista y que nos remiten a las fuerzas de los actos de habla, se basan en situaciones de habla bastantes formales y prefiguradas en sus contextos (bautismo, casamientos, promesa, diálogo, etc.), se trata de momentos propios del micronivel de las emisiones, instancias alejadas de las condiciones sociales reales y estructuradas en las que ocurre la interacción mediática. Se extiende de este modo la teoría de los actos de habla y la consiguiente capacidad performativa de ciertas emisiones lingüísticas a los textos periodísticos, atribuyéndoles a los mensajes de estos últimos una naturaleza constitutiva y una fuerza perlocutiva sobre lo social no probada.

En quinto lugar, para los lingüistas como advierte Thompson (1998) resulta obviamente tentador concentrarse en el contenido simbólico y en los

mensajes de los medios, pero ello conlleva el peligro de pensar que estudiar los medios equivale a analizar los objetos signícos de su lenguaje. Por un lado, confundimos así el objeto de estudio (medios/textos mediáticos) y, por otro, el análisis textual define su objeto de estudio erróneamente como un objeto homogéneo, en el que los conceptos de productor y destinatario son convertidos en formulaciones o estrategias discursivas.

Por todo lo señalado, se puede sostener que no es suficiente que afirmaciones acerca del efecto de los medios tengan como único elemento de respaldo el análisis textual. Además es contradictorio, pues si el ACD define discurso como práctica social, no puede, a la vez, tratar la noción de discurso exclusivamente como un objeto semiótico. Recordemos que la definición de discurso como práctica social sitúa el fenómeno discursivo fuera de los límites textuales y lo hace participar de acontecimientos y de estructuras sociales, de manera dialéctica. Entonces, una cosa es realizar una descripción lingüística de un texto y otra distinta es insertar esa descripción en una lógica de discurso que implica abrir los contornos de dicho texto. Debido al olvido de estas consideraciones se confunden, a menudo, hipótesis semióticas con hipótesis sociales. Por ejemplo cuando se sostiene que la violencia semiótica produce violencia social, afirmación sostenida en diversos foros pero jamás probada.

3.3.1. CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS EN TORNO A LA RECEPCIÓN DE LOS TEXTOS

Finalmente, algunas consideraciones en torno a las dificultades metodológicas, que surgen cuando queremos medir el efecto de los textos mediáticos sobre las audiencias. Gran parte de los estudios de audiencia y de los análisis lingüísticos de textos de prensa, por ejemplo aquellos que se realizan en contextos de campañas políticas, tratan de medir la influencia medial a corto plazo, a pesar de que la teoría advierte que la influencia de los medios sobre las personas es fundamentalmente acumulativa y de largo plazo. En ese sentido, tres o cuatro semanas resulta un período demasiado breve para establecer y formular generalizaciones. Y en un sentido inverso, aquellos estudios que conscientes del impacto acumulativo intentan medir el efecto a largo plazo, se encuentran con un problema central en la investigación sobre efectos: cómo diferenciar entre influencia provocada por el discurso de los medios de comunicación y aquella provocada por otros factores, es decir, cómo aislar las variables. Pareciera ser que mientras mayor sea la curva de tiempo de observación, menor la influencia medial, por lo tanto, la única manera efectiva de aislar esa influencia contextual adicional es mediante métodos experimentales, prescindiendo así de los contextos naturales de apropiación y resemantización de los mensajes por parte de los lectores o televidentes.

A todo lo anterior se suma que es muy difícil saber cuántos receptores de medios tradicionales realizan una lectura crítica y oposicional de esos textos,

ya que ello depende significativamente de su acceso a medios alternativos, dinámica que cae fuera de los términos de referencia de los estudios de audiencia (Curran, 2002) que generalmente investigan medios tradicionales.

4. *La historia y los textos*

Resulta pues difícil comprobar cuál es el efecto del discurso medial sobre los receptores. No cabe duda, por una parte, que junto con la concentración de la propiedad se ha producido también lo que podríamos señalar como una *clausura discursiva* en ese ámbito de la producción y circulación signica. A su vez, parece ser que en momentos y frente a ciertos temas hay interpretaciones más hegemónicas que otras, en parte, gracias a la acción de los medios.

Sin embargo, la observación de los procesos políticos y sociales que actualmente están teniendo lugar en nuestro continente americano son un buen dato para preguntarnos si realmente los discursos mediáticos inciden de manera tan fuerte sobre los modelos mentales de la audiencia. Los porfiados hechos demuestran que aun cuando la derecha económica es propietaria de la mayoría de los *medios de referencia general* que intentan construir discursivamente lo que Gomis (1997) denomina el *presente social compartido*, la agenda de los medios no se ha convertido en la agenda social (contrariando uno de los postulados nucleares de la Teoría de *Agenda Setting*) y el discurso público que circula hegemónicamente no ha logrado constituir escenarios políticos deseados, ni menos ha demostrado capacidad constitutiva o performativa en un nivel social. Los triunfos electorales de Chávez, Lula, Rafaela Correa, Evo Morales o Fernando Lugo en Sudamérica son ejemplos claros de los límites del efecto del discurso de los medios sobre la voluntad popular, pues aun existiendo un contexto de amplias, sostenidas y sistemáticas campañas mediáticas contra esos líderes continentales de parte de la mayoría de los medios tradicionales, sometidos al escrutinio popular, han triunfado con sólidas mayorías.

De hecho, la historia nos enseña y demuestra que los medios de comunicación de referencia general no han sabido o querido leer las dinámicas telúricas sociales y no anticiparon la aparición del movimiento feminista, de los movimientos ecológicos o los de liberación nacional en África o América, de los zapatistas o los altermundistas. Y a pesar de que estos movimientos tenían nulo o escaso acceso a los medios masivos –o un acceso negativo y estigmatizado– éstos se desarrollaron y crecieron en el seno de los movimientos sociales y jugaron o juegan roles de importancia en las relaciones de poder.

Por eso sostenemos que una cosa es tener un acceso privilegiado al contexto de producción textual –como ocurre con las elites de cara a los noticieros– y otra muy distintas es creer que ese flujo fuertemente unidireccional de la comunicación, nos permite hacer inferencias lineales acerca del efecto de los textos sobre el polo receptor.

5. Reflexiones finales

El presente artículo quiso apuntar a la necesidad que los análisis discursivos se diferencien de aquellos que provienen de la Lingüística Textual y las apasionantes complejidades que el consiguiente ir hacia afuera del texto entraña. Para ello me centré en destacar la importancia del nivel intermedio de la situación comunicativa que forma parte del contexto. Como hemos visto, la comunicación puede estar afectada a una distorsión sistemática, influida por elementos intermedios como los descritos, situación que se intensifica aún más si consideramos nociones macrosociales, como los de poder, clase, estructura social, etc.

El foco estuvo puesto en el ACD de orientación socio-cognitiva y en casos específicos, no con el fin de generalizar, sino para graficar situaciones concretas en las que vale la pena detenerse para generar reflexión y discusión teórica.

Agregaría a todo lo anterior dos puntos que podrían ser desarrollados en otro momento. Si el ACD se quiere constituir como área del saber o disciplina, también enfrenta el desafío de diferenciarse de la sociolingüística cuya meta, igualmente, es ir más allá de la descripción de la forma del código y profundizar en la relación entre lenguaje y sociedad (Lavandera, 1984). ¿Qué los diferencia? A mi modo ver, el lugar donde cada uno sitúa su énfasis. Mientras la sociolingüística parte del lenguaje para ir a lo social, el ACD pretende ir de lo social a lo lingüístico, o como señala Kress, "*Critical Discourse Analysis sees the linguistics as within the social*" (Kress, 1990:87). El análisis de las estructuras lingüísticas no puede, por lo mismo, ser el elemento único en el ACD. Si bien el conocimiento lingüístico es central para una teoría de los discursos, es un error, como ya lo señaló en su momento Verón (1993), creer que se puede acceder a la problemática de los discursos proyectando el saber lingüístico sobre los contextos sociales, o como, le advirtió Foucault a Derrida hace más de 30 años, textualizar las prácticas discursivas y "*creer que no hay nada fuera del texto y que por tanto no es necesario ir a buscar en otra parte*" (Foucault, 1999:371).

En ese mismo sentido, "entender la necesidad de partir de los eventos y no del texto porque son los eventos los que permiten recoger los textos que se necesitan" (Bolívar, 2007)⁴ puede ser para quienes hacemos estudios del discursos en América Latina un elemento clave para contribuir con rasgos propios a esta área del saber. La historia nos demuestra que los eventos sociales, políticos y discursivos latinoamericanos son muy distintivos, en momentos incluso sintomáticos, respecto de la marcha de buena parte de la política mundial. Recordemos, por ejemplo, la década del 60 y la influencia mundial que ejercieron los movimientos revolucionarios de inspiración castrista sobre esta y otras partes del mundo, o el sorpresivo surgimiento de los populismos de inspiración neoliberal en los '90 (los llamados neopopulismos), o la res-

puesta continental única que desde América se le ha planteado en el Siglo XXI a la globalización capitalista.

Sin embargo, a pesar de la riqueza de esa *realidad rebelde* del contexto latinoamericano nuestras propias teorizaciones en el ámbito de los estudios del discurso son escasas. Lo que sin duda sí que hemos logrado es producir una importante y abundante acumulación de información empírica, pero ésta no ha trascendido el plano de lo descriptivo ni ha abierto las puertas a interpretaciones teóricas nuevas, pues nuestros objetos de estudio están localizados en el sur, pero nuestros marcos conceptuales en el norte.

Respecto del caso específico de los medios y de su discurso, se puede sostener, sin ninguna duda y tal como lo hace el ACD, que están sujetos a permanentes y significativas presiones que ejercen sobre ellos las estructuras de poder. Asimismo, es evidente que participan de la lucha ideológica, por ejemplo, justificando, ocultando o enmascarando la realidad. Sin embargo, la contribución y participación de los *media* en la articulación de relaciones de poder aún se mantiene bastante opaca, y los estudios de discurso pueden ayudar a disminuir dicha opacidad, pues la dimensión simbólica, la puesta en circulación de signos, es un irreductible del fenómeno mediático porque aunque el estudio de esos signos no explica todo el fenómeno, sin signos no hay medios de comunicación.

NOTAS:

- 1 Esto anterior es especialmente válido para los medios de comunicación tradicionales (prensa escrita, radio y televisión). Internet, en tanto, parece contar con un potencial de alteración, en ese sentido, al menos en cuanto al flujo asimétrico; los blogs son un buen ejemplo de ello.
- 2 Para una excelente panorámica sobre esta cuestión, recomiendo Wolf (1987) y Bryant y Zillmann (1996)
- 3 Lo que, por supuesto, no es culpa de van Dijk.
- 4 Comunicación personal con Adriana Bolívar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- AIMONE, E. (2007). “Los Pincheira: una parábola de la transición chilena”. *Cuadernos de la Información*; 21(2): 66-73.
- ANTAKI, Ch., Billing, M., Edwards, D. y Potter, J. (2003). “El Análisis del discurso implica analizar: seis atajos analíticos”. *Atenea Digital*; 3:14-35.
- AUSTIN, J. (1975). *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*. Barcelona: Paidós.
- BAJTIN, M. (1993). *Marxismo y filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- BAUMANN, Z. (2002). *La hermenéutica y las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BENVENISTE, E. (1971). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.

- BOLÍVAR, A. (2000). *La semántica y la gramática de la discriminación: un caso en la prensa venezolana*, en J. Bustos, P. Charaudeau, J. Girón, S. Iglesias y C. López (comp.) *Lengua, discurso, texto* (I Simposio internacional de Análisis del Discurso), pp. 1793-1810. Caracas: Visor Libros.
- DE BEAUGRANDE, R. y DRESSLER, W. (1997). *Introducción a la lingüística del texto*. Barcelona: Ariel.
- BOURDIEU, P. (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BRYAN, J. y ZILLMANN, D. (1996). *Los efectos de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- BROWN, G. y YULE, G. (1993). *Análisis del Discurso*. Madrid: Visor.
- CHARAUDEAU, P. (2003). *El discurso de la Información*. Buenos Aires: Gedisa.
- CURRAN, J. (2002). *Media and power*. London: Routledge.
- ECHEVERRÍA, R. (2003). *Ontología del lenguaje*. Chile: J.C. Sáez Editor.
- FAIRCLOUGH, N. (1997). *Media discourse*. London: Arnold.
- FAIRCLOUGH, N. (1992). *Discourse and social change*. Cambridge: Polity Press.
- FOUCAULT, M. (1999). *Historia de la locura en la época clásica*. Tomo II. México: FCE.
- FOWLER, R. (1996). *Language in the news. Discourse and ideology in the press*. London: Routledge.
- FOWLER, R.; Hodge, B.; Kress, G. y Trew, T. (1983). *Lenguaje y control*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GOMIS, L. (1997). *Teoría del Periodismo*. Barcelona: Paidós.
- HACKETT, R. (1995). *News and dissent: The press and the politics of peace in Canada*. Canada: Communication and Information Science.
- HODGE, R. y KRESS, G. (1993). "El lenguaje como ideología". *Cuadernos de Sociolingüística*. Traducción Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.
- HALLIDAY, M.A.K. (1994). *El lenguaje como semiótica social*. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- HALLIDAY, M.A.K. y HASAN, H. (1990). *Language, context, and text: aspects of language in a socio-semiotic perspective*. Oxford: University Press.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. (1969). *Dialéctica del iluminismo*. Madrid: Trotta.
- KRESS, G. (1990). "Critical discourse analysis". *Annual Review of Applied Linguistics*; 11:84-99.
- LAVANDERA, B. (1984). *Variación y significado*. Argentina: Hachette.
- MENÉNDEZ, M. (2003). *Gramática y discurso: las relaciones evidentes*. Universidad Nacional de la Patagonia: Argentina.
- PARDO, M.L. (1996). *Derecho y lingüística: cómo se juzga con palabras*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- PARDO, M.L. (1986). "Hacia una redefinición de las nociones de tema y rema. De la oración al discurso". *Cuadernos del Instituto de Lingüística*; 1: 59-93.
- PORTOLÉS, J. (1998). *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel.
- RAITER, A. (2007). "Los significados son ideológicos: el AD como análisis social", en P. Santander (ed.). *Discurso y crítica social: acerca de las posibilidades teóricas y políticas del AD*. Valparaíso: E.O.C.

- RAITER, A. (2005). *Los límites del ACD*. Inédito. Buenos Aires: UBA.
- RAITER, A. (2003). *Lenguaje y sentido común*. Buenos Aires: Ed. Biblos
- RAITER, A. (1999). *Lingüística y política*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- REICH, W. (1996). *La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós.
- SANTANDER, P. (2004). “El acceso a las noticias de TV como estrategia política: un análisis del discurso”. *Estudios Filológicos*, 39: 49-64.
- SANTANDER, P. (2003). “El acceso invisible en las noticias de televisión”. *Estudios Filológicos*, 38: 139-156.
- SCOLLON, R. (2003). “Acción y texto: para una comprensión conjunta del lugar del texto en la (inter)acción social”, en R. Wodak y M. Meyer (eds.), *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*, pp. 205-266. Barcelona: Gedisa.
- TANNEN, D. (1996). *Género y Discurso*. Barcelona: Paidós.
- THOMPSON, J. (1998). *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- VAN DIJK, T.A. (2003). “La multidisciplinariedad del ACD: un alegato a favor de la diversidad”, en R. Wodak y M. Meyer (eds.). *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*, pp. 143-178. Barcelona: Gedisa.
- VAN DIJK, T. A. (1997). *Racismo y análisis crítico en los medios*. Barcelona: Paidós.
- VAN DIJK, T.A. (1996a). “Discourse, power and access”, en R. Caldas-Coulthard, y M. Coulthard (Eds.); *Texts and Practices. Reading in Critical Discourse Analysis*. pp. 84-104. London:Routledge.
- VAN DIJK, T.A. (1996b). “Opinions and ideologies in editorials”. *4th International Symposium of Critical Discourse Analysis*. Athens, 14-16 December, 1995.
- VAN DIJK, T.A. (1995). “The mass media today: Discourse of domination or diversity?” *The Public*, (2):27-45.
- VAN DIJK, T. A. (1990). *La noticia como discurso*. Barcelona: Paidós.
- VOLOSHINOV, M. (1993). *¿Qué es el lenguaje?* Buenos Aires: Almagesto.
- VERÓN, E. (1993). *Semiosis social*. Buenos Aires: Gedisa.
- WOLF, M. (1987). *La investigación de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- ZIZEK, S. (2003). *Ideología*. Buenos Aires: FCE.

PEDRO SANTANDER MOLINA es periodista por la Universidad de Chile y Doctor en Lingüística por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Actualmente es director del Postgrado en Comunicación y Periodismo de la Pontificia UCV, Chile. Sus áreas de interés son el análisis de los medios de comunicación y las teorías del discurso.

Correo electrónico: pedro.santander@ucv.cl.